

Mariela Fargas Peñarrocha

Explicar el cuerpo y entregar el alma¹

Los embarazos y partos de Estefanía de Requesens (siglo XVI)

Universitat de Barcelona
mariela.fargas@ub.edu

El estudio de los embarazos y los partos en los tiempos modernos

Ya se ha escrito acerca de la relevancia de estudiar este asunto, tan íntimo, tan propio de la experiencia adulta, del proyecto de vida y de las emociones de las mujeres, cuyo conocimiento debemos seguir rescatando del ostracismo de las fuentes históricas.² En el embarazo y en el parto se funden como en ninguna otra vivencia, el cambio y la continuidad, el lugar de encuentro o de búsqueda entre el yo femenino y los demás, la familia, la comunidad, tiempo de perspectivas imaginadas y reales. Los embarazos han colocado a las mujeres en el centro neurálgico de las relaciones familiares, anudadas más aún ante la espera que iba a ser testigo de la continuidad del linaje, del estamento, del lugar. Nociones de cultura material e inmaterial se entrecruzan en los tiempos de los embarazos y partos; probablemente, ninguna mujer puesta en tal situación escapaba a este proceso, donde convivían la mirada propia y la ajena, que preparaba el terreno al advenimiento de una nueva boca, de unos nuevos brazos para trabajar, de un nuevo representante del grupo, del ansiado heredero. En todo caso fueron los ambientes más refinados y distinguidos donde, para asegurar la descendencia del patrimonio y el tránsito cómodo de una generación a la siguiente,

¹ Revisado por Wolfram Aichinger y Fernando Sanz-Lázaro.

² Un primer trabajo conjunto: S. García Galán, S. Medina Quintana y C. Suárez Suárez (eds.), *Nacimientos bajo control. El parto en las edades Moderna y Contemporánea*, Madrid, Trea, 2014. No hay que descuidar la lectura de M. L. Candau Chacón (ed.), *Las mujeres y las emociones en Europa y América (siglos XVII-XIX)*, Santander, Universidad de Cantabria, 2016, p. 221. La historiografía sobre las emociones es un pozo de contenidos para este tema: M. J. de la Pascua Sánchez, “Una aproximación a la historia de la familia como espacio de afectos y desafectos: el mundo hispánico del setecientos”, *Chronica Nova*, 27, 2000, 131-166.

convirtieron los embarazos en un problema político y social³ cuya tensión ensombrecería las emociones inciertas y las fragilidades de las embarazadas. Pero en medida distinta, ese tiempo fue crucial para todos y todas. Por muchas razones, por tratarse de un impacto vital, de un hecho cultural, de una confluencia de las relaciones sociales y de poder, de emociones y creencias, este período de la vida de una mujer merece ser analizado de modo transversal: desde los contrastes entre la norma y la práctica, desde las representaciones⁴, pero también desde la intimidad o el secreto de los deseos y sentimientos y desde luego bajo una mirada de género capaz de subrayar y diferenciar roles, identidades y construcciones personales.⁵

Este breve artículo está marcado, por lo tanto, por dicho objetivo. En estas líneas vamos a estudiar los embarazos y partos que vivió una dama del renacimiento, Estefanía de Requesens. Ella nos ha dejado numerosos retazos de su experiencia, pues no dejó jamás de comunicar a su madre paso a paso toda su evolución mediante una copiosa correspondencia. El relato que ofrece es una mezcla de cuanto ella sentía, creía y pensaba: desde miedos hasta confianzas, desde dolor hasta conformidad y, sobre todo, mucha estrategia del hacer cotidiano, de los cuidados cuyo saber transmitido por vía oral estaban destinados a superar aquellos meses, así como mucha fe en la Providencia. Se trata de elementos que es imposible escindir, discurren juntos. La confianza que sobre el cuerpo se iba adquiriendo a medida que se ganaba en experiencia y se cuidaba la salud de la embarazada, iba unida a la creencia y la certeza de la ayuda de Dios durante todo aquel tránsito, tanto para beneficio de la madre como de la criatura.⁶

Pero conozcamos antes algunas de las líneas que han sido trabajadas hasta el presente sobre este asunto. No disponemos en España de conocimientos amplios ni investigaciones hondas a partir de fuentes documentales variadas. Pero se trata de una línea ya probada y que ha dado algunos frutos interesantes. En todo caso, hay que vincularla a los estudios sobre maternidades entre los que cabe mencionar una obra colectiva impulsada por Gloria Franco en 2010 que incluye un trabajo de Mónica Bolufer, quien destaca la necesidad de una mirada plural lejos de estereotipos

³ Carlos Varona, M. C. de, *Nacer en palacio. El ritual del nacimiento en la corte de los Austrias*, Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica, 2018.

⁴ Desde la literatura: W. Aichinger “Childbirth Rhythms and Childbirth Ritual in Early Modern Spain, together with some Comments on the Virtues of Midwives”, *Hipogrifo: revista de literatura y cultura del Siglo de Oro*, 6-1, 2018a, pp. 391-415.

⁵ Los siguientes trabajos de J.M. Usunáriz permiten esa perspectiva de género ahondando en el rol paterno: “Asistir a la madre y cuidar de la criatura: el reconocimiento de paternidad en los siglos XVI y XVII”, *Revista Historia Autónoma*, 16, 2020, pp. 101-119. También “El padre ante el parto en la España de los siglos XVI y XVII”, *Hipogrifo: Revista de Literatura y Cultura del Siglo de Oro*, 6-1, 2018, pp. 483-502.

⁶ En este trabajo hemos releído la gran selección de cartas publicadas por Eulalia de Ahumada. Se trata de un elenco cronológica y temáticamente variado muy prometedor para el investigador porque aún no han sido analizadas desde todos los puntos de vista. Un instrumento de trabajo de obligada consulta: E. de Ahumada Batlle (ed.), *Epistolaris d’Hipòlita Roís de Liori i d’Estefenia de Requesens*, Valencia, Universitat de Valencia, 2003, 453 pp.

generalizados.⁷ Por otro lado, Jesús María Usunáriz ha estudiado recientemente la literatura médica de la España alto-moderna, en particular los autores Damián Carbón (1541), Lobera de Ávila (1551), Francisco de Núñez (1580) o Alonso y de los Ruices de Fontecha (1606), cuyas obras son prolijas en consejos para aplicar durante la preñez, el alumbramiento y el puerperio de las mujeres y dibujan el panorama de costumbres, hábitos y preocupaciones de aquel estado.⁸ Al mismo autor le debemos un trabajo sobre el ritual del parto, que explica las pautas y los gestos de ese rito de paso —a decir de la antropología—contribuyendo además al conocimiento de las mentalidades de la época. Un buen punto de partida para un asunto del que aún hay mucho que estudiar.⁹ Sus conocimientos se pueden contrastar con las representaciones iconográficas que los historiadores del arte han desarrollado por ejemplo a partir de los ciclos de la vida de la Virgen tan recurridos desde el renacimiento.¹⁰ En cuanto a trabajos más específicos, Tamara González ha estudiado las creencias y las prácticas de los nacimientos en la Galicia interior a partir de la información contenida en miles de partidas parroquiales de bautismo firmadas entre el siglo XVII y el XIX.¹¹ Resulta imprescindible ya que permite un acercamiento a la realidad de las mujeres más humildes para las que se percibe una cotidianeidad —de trabajo, de sociabilidades— no interrumpida. Para Cataluña y Barcelona, la tierra de Estefanía de Requesens, no disponemos de estudios de conjunto, tan solo algunas aproximaciones como la realizada por Nuria Ruiz centrada en los espacios de vida de embarazadas y parturientas, los dormitorios: lugares de secretos, de emociones compartidas entre mujeres que esperan y mujeres que conocen ya esa emoción, espacios de sororidad.¹² Cuestión diferente ha sido la de las matronas, sus prácticas, su presencia constante, y sus riesgos.¹³ En los últimos años, la atracción por el estudio del control del modelo femenino de vida y la caza de brujas como expresión del patriarcado ha recuperado la memoria de aquellas mujeres que hicieron de la asistencia al parto su oficio de vida, a veces con tan mala fortuna, tan malas prácticas o tan difícil contexto, que se vieron acusadas de las peores atrocidades. Pau Castell

⁷ G. Franco, ed., *Debates sobre la maternidad desde una perspectiva histórica (siglos XVI-XX)*. Barcelona, Icaria, 2010.

⁸ J. M. Usunáriz, “La alimentación de la mujer en el embarazo, parto y puerperio en la España de la temprana Edad Moderna”, *Hipogrifo: Revista de Literatura y Cultura del Siglo de Oro*, 9. 1, 2021, pp. 673-699

⁹ *id.*, “Nacer en el Antiguo Régimen: el ritual del parto en la Europa Occidental”, *Memoria y Civilización* 2, 1999, pp. 329-337.

¹⁰ I. González Hernando, «La figuración de la ciencia. Espacio y objetos de parto en el arte medieval español», *Goya*, 342, 2013, pp. 3-17.

¹¹ T. González López, “Creencias, asistencia y nacimiento. Dar a luz en el interior de Galicia (ss. XVII-XIX)”, *Investigaciones Históricas, época moderna y contemporánea*, 40, 2020, pp. 295-314.

¹² N. Ruiz Comín, «Familia y ciclo de la vida: una mirada desde el dormitorio», *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* <http://journals.openedition.org/nuevomundo/40372>.

¹³ T. Ortiz; D. Sánchez, “La experiencia escrita de las matronas, siglos XVII-XVIII” en P. Ballarín, C. Martínez (eds.), *Del patio a la plaza. Las mujeres en las sociedades mediterráneas*. Granada: Universidad de Granada, 1995, pp. 239-246.

ha analizado numerosos procesos penales de los inicios de la Cataluña moderna en los que se puede hacer el seguimiento de la vida de no pocas de estas mujeres condenadas por infanticidio. Sus saberes que un día fueron motivo de prestigio, otro lo fueron de recelos entre vecinos y conocidos.¹⁴ Pero su protagonismo en la historiografía delata precisamente la poca atención que ha merecido a su lado la propia embarazada o parturienta, ignorando las vivencias de nueve meses, que tantas veces se eternizaban dada la frecuencia de los embarazos. Este fue el caso de Estefanía de Requesens, quien pasó buena parte de su vida de casada en estado de buena esperanza, pues fue enlazando un embarazo tras otro hasta en once ocasiones.

Algo sobre la protagonista: ¿quién fue Estefanía de Requesens? ¿Por qué es interesante su experiencia?

Nuestra noble dama había nacido en Barcelona, o quizás en la villa catalana de Molins de Rei, hacia el año 1505. Procedía de dos linajes principales tanto por parte de padre como de madre, los Requesens y Soler y los Roís de Liori y Montcada respectivamente. Se trataba de grandes señores. En particular los Requesens, de quienes iba a heredar Estefanía, tenían extensísimas posesiones en el Principado, villas, parroquias, palacios.¹⁵ Y eran servidores de la monarquía vinculados al cargo de gobernador general del Principado de Cataluña, primero en el marco de la Corona de Aragón y luego de la Monarquía Hispánica. Un servicio que, de algún modo iba a continuar la propia Estefanía, que al casar en 1526 con el castellano Juan de Zúñiga, a quien conoció en Barcelona durante la primera estancia del emperador Carlos V, fue testigo privilegiado de los grandes acontecimientos de la Corona y de la vida cortesana. En efecto, Zúñiga, aunque segundón de familia noble y, por lo tanto, de menor riqueza que su esposa, a la sazón hija única del conde de Palamós,¹⁶ siempre fue leal al rey y de su más estrecha confianza; por ello fue agraciado a lo largo de su vida con sucesivas prebendas y cargos: comendador mayor de Castilla de la Orden de Santiago en 1535; ayo y preceptor del príncipe Felipe en el mismo año, momento en el que el matrimonio se trasladó a la corte castellana; mayordomo mayor del príncipe; miembro del Consejo de Estado y del Consejo de Órdenes en 1536. Grandes responsabilidades que asumiría hasta su desaparición en 1546. En esa fecha se cumplían veinte años de matrimonio entre Estefanía y Juan. Para entonces, ya sola, Estefanía regresaba a su ciudad, Barcelona, decidida a vivir allí sus últimos años.

¹⁴ P. Castell Granados y T. Vinyoles, "Llevadores, guaridores i fetillers. Exemples de sabers i pràctiques femenines a la Catalunya medieval", *Études Roussillonnaises, Revue d'Histoire et d'archéologie Méditerranéennes* 26, 2013-2014, p.23-32.

¹⁵ Los dominios de su padre, de quien iba a heredar por haber fallecido su hermano varón, eran: la baronía y el castillo de Castellví de Rosanes, la baronía y villa de Martorell con su palacio, las parroquias de Sant Esteve Sesrovires, Abrera, Sant Andreu de la Barca, Sant Vicenç de Castellbisbal, y Sant Pere d'Abrera, el palacio, baronía y villa de Molins de Rei con sus molinos, con Santa Creu d'Olorda y Sant Bartomeu y el palacio menor de Barcelona. Ahumada Batlle (ed.), *Epistolaris, op. cit.*, p. 21.

¹⁶ Título que debía pasar a otra rama a falta de heredero varón. Ahumada, p. 25.

Cuando se apagó su vida contaba con cuatro hijos: Luis, nacido en 1528; Juan, nacido en 1536; Diego, nacido en 1538; e Hipólita, nacida en 1539. Pero ella y su esposo pudieron haber formado una gran familia porque tuvieron muchos más hijos, la mayoría de cuyas vidas se malograron en la más tierna infancia: este fue el caso de Hipólita (1527-1528), Perico (1533-1534), Caterina (1535), Pedro (1540-1541), Felipe (1541), Caterina (1542), y Pedro (1543).¹⁷ Estos siete murieron a los pocos meses de nacer y no faltaron las ocasiones en que sus padres pudieron bautizarlos con el mismo nombre de un hermanito o una hermanita fallecidos.

Sobre el periplo de Estefanía, se conocen numerosos datos, merced a la excelente conservación de cientos de cartas que ella misma escribió, entre las que destacan aquellas que dirigió a su madre Hipólita. Escribir a su madre era un acto de afecto y también de reconocimiento. Hipólita, que desde 1509 se había convertido en la condesa de Palamós, pasando a usufructuar como viuda las inmensas posesiones de su esposo, era una madre con autoridad: quería conocer la situación y asuntos de su hija, de su yerno, y por supuesto la salud de los suyos; les compartía su parecer y experiencia y recibía de ellos la debida sumisión. Cada una de esas cartas constituye un escenario donde observar su vida cotidiana, sus reflexiones, anhelos y preocupaciones acerca de lo que ve, oye y conoce. Y en esa cotidianeidad estaban los embarazos y partos de su hija. Fueron muchos los años en que madre e hija tuvieron que vivir separadas y alejadas físicamente, pero sus cartas revelaban el deseo de compartir por escrito todos los acontecimientos familiares, personales y circunstanciales. Estefanía de Requesens murió el 25 de abril de 1549 en el Palacio Real Menor de Barcelona. Sus restos se encuentran enterrados en la capilla del palacio, junto a los de la familia Zúñiga y Requesens.¹⁸

Explicar el cuerpo: el esperanzador itinerario del embarazo al parto

¿Cómo se comunicaba un embarazo entre mujeres, entre madre e hija? ¿Cómo se compartían sospechas, temores, alegrías, esperanzas? ¿Qué consecuencias tenía esa transmisión? En una carta fechada en Monzón el 2 de diciembre de 1533, Estefanía declara a su madre: «pasado mañana hará quince días que tengo retraso y los pechos me han engordado un poco y he tenido los primeros días dolor de vientre, de manera que si la cosa va en adelante tengo más señales de Catalineta que de Perico»¹⁹. Nótese que para entonces Estefanía ya había pasado por dos partos, uno de niña y otro de niño, y en estas letras parecía erigirse en toda una experta en adivinar el sexo del bebé observando atentamente sus propias reacciones día tras día. Pero no iba a acertar, estaba sujeta más bien a los intensos deseos de tener otro hijo y probablemente esto

¹⁷ Ahumada, p. 15.

¹⁸ Uno de los trabajos más recientes sobre Estefanía de Requesens: M. Á. Pérez Samper, “Estefanía de Requesens, una dama catalana en la corte de España”, en R. García Cárcel y M. Á. Pérez Samper (eds.), *Catalanes en la Historia de España*, Barcelona, Ariel, 2020, pp. 45-64.

¹⁹ La traducción del catalán original al castellano es mía, en esta y en las siguientes. Ahumada, p. 87.

era lo que le llevaba a hablar más de la cuenta. También quería contarle muchas cosas a su madre, enviarle misivas repletas. Y así, aquella criatura, que sería la tercera, fue varón. No había transcurrido ni un mes de aquella carta, el 4 de enero de 1534, cuando de nuevo Estefanía le notificaba a su madre cuál era el estado de su preñado: «me he dado cuenta con admiración de tener muy pronto leche aunque yo lo atribuyo a ser yo muy sanguínea y hacer mucho tiempo que no he parido. Y así creo que hay tal abundancia de sangre que basta para todo y esto también debe ser causa de que aparezca ya en el vientre»²⁰.

Era excesivamente pronto para excretar leche, no había concluido aún el primer trimestre, pero Estefanía buscaba señales y mensajes en su cuerpo que le auguraran un feliz destino y poder con ellos satisfacer a su madre. Nueve días más tarde tomaba la pluma e insistía en el mismo aspecto: «ya como muy bien y comienzo a engordar»²¹. Y al día siguiente, el 15 de enero, otra vez: «en cuanto a mi preñado va tomando forma, pues ya como mucho mejor de lo que solía y no tengo el vientre revuelto ni ningún otro accidente gracias a Dios»²². Casi dos meses después explicaba que «la criatura hace días que me la siento y cada día salta más fuerte y siempre la noto en la parte derecha»²³. Estefanía notó cambios importantes desde la primavera, cuando su gestación alcanzaba aproximadamente los cinco meses: «me encuentro muy bien y siento a la criatura muy esforzada (...) pues aunque yo como bien no estoy tan gorda como solía, aunque mucho más que al principio», explicaba en carta de 8 de abril.²⁴ Sesenta días más tarde, ya en la recta final, de lo único que se quejaba era «del dolor de las costillas, que cada día después de comer me coge, y en ayuno nunca me hacen daño (...) lo llevo más alto y eso creo que es lo que lo provoca»²⁵. Además de la importancia que tenía para una hija contar con la conformidad de su madre, a quien no podía ver ni tener cerca, ofreciéndole toda suerte de detalles sobre su estado, esta comunicación tan intensa y constante demuestra que, para una mujer, el tiempo del embarazo era un reencuentro con su propio cuerpo. Si el pudor presidía en líneas generales la observación del cuerpo femenino, parte de la cultura de un tiempo que negaba su sexo, en el nuevo estado como embarazada parecía tener lugar un redescubrimiento de ese mismo cuerpo, pues el desarrollo y nacimiento de una nueva vida, concebida en el microcosmos cristiano como milagro, liberaba el cuerpo de la mujer de su dimensión pecaminosa. Ese reencuentro con el cuerpo se traducían en observación atenta y rigurosa de la propia mujer, mas también en imaginación vinculada al deseo de lo que estaba por venir y a los miedos inherentes a los nueve meses con sus riesgos y adversidades. Reencontrarse con el propio cuerpo era

²⁰ Íd., p. 91.

²¹ Íd., p. 94.

²² Íd., p. 96.

²³ Íd., p. 103.

²⁴ Íd., p. 109.

²⁵ Íd., p. 116.

construir un conocimiento íntimo y compartirlo con los más cercanos. También era compatible con el fortalecimiento de los necesarios vínculos sociales, pues ninguno como ese tiempo para recibir visitas, atender cortesías y felicitaciones y, por supuesto, contar con la atención necesaria de médicos y comadronas si era posible.

Y de igual modo que Estefanía y su madre deseaban comunicarse todo lo relacionado con estos embarazos, soñaban con estar juntas en el momento final, en el parto. Pero por desdicha, en aquella ocasión Hipólita no podría asistir: «creeré que no es poco lo que lamenta de no poderse encontrar en mi parto y Dios sabe lo que yo siento, pero parece que Él es servido que así sea»²⁶. A medida que se acercaba el momento crucial, Estefanía confiaba en que tendría a su lado a otras personas muy próximas y queridas, aunque le faltase la principal: «Estoy bien esforzada para el parto (...) la señora tía se ofrece con tanta voluntad que es razonable apreciarlo (...) De tantas otras parientas y amigas tengo ofertas para mi parto, que pienso que tendré más de las que sería menester», escribía el 14 de julio desde Barcelona.²⁷ Aquí la carta menciona a una tía. Muy probablemente se trataba de la hermana de su padre, Dionisia de Montpalau, viuda del barón de Vallmoll, una dama rica y muy respetada, que además nombró coheredera a Estefanía.²⁸ Tampoco para entonces tenía otras tías. Una hermana de su madre hacía mucho tiempo que había fallecido.

Finalmente, los días 23 y 27, se dirigía a su madre para darle los detalles del nacimiento de su hijo a quien llamarían Pedro y el postparto es tan bueno que no puede ser mejor sin nada de dolor de vientre. «Y he purgado razonablemente y el máximo de la leche lo he tenido anteanoche y ayer los pechos muy llenos y he podido excretar, no me han hecho ningún daño y he hecho dieta. No he tenido nada de fiebre ni dolor de cabeza (...) mañana pienso comenzar a levantarme»²⁹. Cuando ya se repuso y abandonó la cama, a mediados de agosto, retomó la pluma deseando ofrecerle más detalles aún sobre aquel parto: «el jueves pasado me sentí todo el día muy pesada y por la tarde, tras reposar en la cama, cuando comenzaba a dormir, se me rompieron las aguas, sin daño alguno, y hubo muchas. Me asusté un poco por no estar acostumbrada, y mandé llamar a la comadre quien me aconsejó que permaneciese en la cama, pues no había daño alguno, y que intentase dormir. La obligué también que fuese a la cama, en casa, y durante aquella noche continué expulsando aguas, con un dolor muy leve (...) y fui de igual manera que el día anterior, rompiendo aguas y algunos dolores muy leves, apenas nada. Me metí en la cama entre las 10 y las 11 y fue cuando me comenzaron los dolores. Al tener en casa

²⁶ Íd., p. 120.

²⁷ Íd., p. 120.

²⁸ Junto a María de Cardona, otra sobrina de la citada tía. B. de Querol, “La baronía de Vallmoll, la successio via la dona o els fills no matrimoniais”, *Pedralbes. Revista d’Història Moderna*, 13-2, 1993, p. 276.

²⁹ Ahumada, p. 126.

a la madrina y a la señora tía estuve en la cama hasta las 12 horas cuando hice llamar a la comadre (...) y así quiso Dios que en un cuarto de hora acabase»³⁰.

Una mujer deseaba compartir y construir un espacio de mujeres con cuya presencia confiaba para cuando llegase el momento. Cuando en julio de 1534 Estefanía se preparaba para la llegada del que iba a ser su tercer hijo, los días previos al parto se rodeó de varias mujeres experimentadas a su servicio: «sabe su señoría que no me dejará Camps, ya ha venido a casa y a ella he encomendado que mire los caldos y tampoco querría que pensando hacerme bien me diesen más de lo necesario»³¹. Los días posteriores al parto la joven madre seguía una dieta para reconstituirse y entre ella misma, la criada y su tía no descuidaban los alimentos, y así declaró: «determiné darle el encargo a Camps de los caldos, advirtiéndola que no añada más sustancia sin yo saberlo; y por las noches ha ordenado la tía que me den caldos»³². Estefanía apreciaba sus costumbres culinarias y en particular sus caldos, muy distintos a los que se consumían en la corte, hasta el extremo que durante una enfermedad del pequeño príncipe don Felipe, futuro Felipe II, fue ella misma quien instruyó a los cocineros de palacio.³³

Desgraciadamente este anhelado bebé moriría al poco tiempo de su nacimiento, en el verano de 1534. La pena por la muerte súbita del pequeño aparentó superarla con un nuevo embarazo a los pocos meses, tal como le sucedió en tantas ocasiones. Para serenar a su madre le repetía constantemente: «estoy bien y como muy bien y hacía años que no estaba tan gorda como ahora, el vientre es mayor que el del preñado pasado»³⁴. Cada experiencia era un nuevo reto, le permitía recordar lo que había vivido y trataba de alejarse de lo que no le traía buenos augurios. En su quinto embarazo, a finales de febrero de 1536, le escribía: «el vientre comienza a engordar y toda la bondad del preñado me parece que lo hace el agua, que todos los días que la he bebido han sido buenos y los otros no tanto (...) esa ha sido la causa de que haya dejado el vino»³⁵. Cualquier detalle era importante, quería tener las cosas bien preparadas y organizadas, pero sabía que la voluntad de Dios estaba por encima.

Preparando la llegada de la criatura: la búsqueda del ama de cría

Para una dama de la categoría y de las obligaciones de Estefanía, nada podía dejarse al azar. Tampoco la previsión del día después del nacimiento de su bebé. Cuando aún quedaban unos pocos meses para el parto ya se preocupaba por buscar a la nodriza más adecuada. Seguía en este punto las reglas sociales de su tiempo, pese a las críticas

³⁰ Íd., p. 133.

³¹ Íd., p. 122. El nombre completo de la criada es María Camps.

³² Íd., p. 132.

³³ M.A. Pérez Samper, "Mujeres en la cocina", en Mariela Fargas, (ed.), *Alternativas. Mujeres, género, historia*, Barcelona, 2020, pp. 139-140.

³⁴ Ahumada, p. 198.

³⁵ Íd., p. 261.

que tantos moralistas de prestigio habían escrito contra la costumbre de dejar bien pronto de amamantar a los hijos.³⁶ Así, en la carta del 27 de mayo de 1534, Estefanía le comenta a su madre que «había dado encargo a algunas personas para que me busquen ama, pero no he hecho mucha diligencia pensando que la venida de vuestra señoría será antes para que me la pueda escoger (...) querría viuda si se encontrase en las condiciones que ha menester. Aquí en las baronías no hay nada que me satisfaga. Canalías está preñada del mismo tiempo que yo pero por aquella enfermedad que ha tenido no gozaría tomarla»³⁷. La responsabilidad de elegir era compartida, se daban voces entre conocidas, entre amigas, y la familia participaba. Hipólita estaba muy pendiente del asunto y tenía autoridad para escoger. Tras darle muchas vueltas al asunto Estefanía se decidió en aquella ocasión por «una mujer casada de 22 años que ha parido dos veces y que tiene leche de cuatro meses y medio. Es muy buena chica y de buena gente y parece bien acondicionada y la leche muy buena»³⁸. A veces la rapidez con que quedaba embarazada le permitía aprovechar la nodriza de la que ya disponía. Así se lo expresaba a su madre el 2 de marzo de 1539, cuando le anunciaba su sexto embarazo: «esta vez no tendré trabajo de buscar ama porque la de Juanico ha de parir a finales de este o a principios de abril y ella cría tan bien que aunque fuera más vieja la leche me parece que sería razonable tomarla»³⁹. Nuestra dama no parece en ningún momento lamentar ese “abandono” de la propia leche materna. Debía tener muy asumidas sus ventajas y las costumbres la ataban. A cambio, es constante su preocupación por la calidad de la leche y la adaptación de la criatura a su ama: «El ama prueba muy bien y su leche parece muy buena», le decía en 1534 sobre la nodriza de Perico;⁴⁰ «Dieguito nunca ha tenido nada y prueba tan bien con esta ama que está el más bonito del mundo», expresaba en relación con su sexto hijo en marzo de 1539.⁴¹ Le tranquilizaba comprobar que su hijo estaba bien acondicionado con su ama: «Juanico está muy bonito, guárdelo Dios, y se cría sin ningún trabajo (...) Y conoce a su ama por la voz, que por mucho que llore, al tomarlo y alagarlo ella, calla», le explicaba en noviembre de 1536.⁴² En esos tiempos de crianza, y a juzgar solo por la apariencia de sus letras, Estefanía entendía que su lugar era otro: «Juanico tiene cinco dientes y dice “papá” y “teta” y “ama” tan claro como yo»⁴³. Esas eran sus prioridades, la figura del padre, la compañía y labor de su ama de cría. Lo cual en modo alguno no significa que asumiera un segundo lugar, ella era la madre y tal como lo había observado en la suya propia su autoridad era

³⁶ Por ejemplo Antonio de Guevara en su *Reloj de príncipes* y recopilación del *Libro áureo de Marco Aurelio*, pertenecientes a 1528-1529.

³⁷ Ahumada, p. 115.

³⁸ Íd., p. 127.

³⁹ Íd., p. 331.

⁴⁰ Íd., p. 130.

⁴¹ Íd., p. 330.

⁴² Íd., p. 277.

⁴³ Íd., p. 308, 2 de junio de 1537.

fuerte e indiscutible. Su educación y su humildad cristiana la llevaban probablemente a valorar por escrito, socialmente también, a quienes tenía junto a ella antes que a sí misma, lo que dificulta captar la trascendencia de sus más hondas emociones sobre este asunto. De igual modo sería de gran interés seguir la ruta vital de aquellas nodrizas, sus condiciones y sus vínculos familiares, tema que exigiría una nueva mirada y más páginas ahora.⁴⁴

Dolor y aceptación de los designios de Dios: la muerte de un recién nacido

Estefanía fue siempre una mujer virtuosa a juzgar por su modestia, su contención o su sufrida actitud. A menudo evitó preocupar a su madre ocultando los sucesos más desagradables, asumiendo reproches por ello y defendiéndose con resignación: «siempre he escrito a vuestra señoría la verdad (...) pero he sentido pena de lo que vuestra señoría pueda pensar»⁴⁵. Pero sobre todo fue una ferviente cristiana. Compartía con Hipólita la devoción tradicional, el culto a los santos, la peregrinación al monasterio de Montserrat en Cataluña y, además, coincidió con su marido en su aproximación a una devoción nueva en la línea del humanismo cristiano. Como explicaba en una de sus cartas a su madre, los esposos tenían la costumbre de pasar la Cuaresma leyendo y meditando la *Vita Christi* de Ludolfo de Sajonia, un libro de 1474 muy recomendado por Ignacio de Loyola, a quien había tratado en Barcelona y le había apoyado en su proyecto reformador. En los años anteriores a su boda formó parte de su círculo de seguidores.⁴⁶

La fortaleza de sus creencias y convicciones le permitieron sobrellevar las frecuentes pérdidas de sus hijos en muy tierna edad. Cabía junto al intenso dolor que sentía una gran esperanza. Era ella incluso quien, a pesar de su tristeza, trataba de consolar a su madre, a quien necesitaba para superar la soledad que sentía en tan trágicas ocasiones. Para el tercer parto, la decepción de no tener a su madre al lado a consecuencia de unos negocios que aquella no pudo abandonar, la sumió en la inquietud; sabía que su madre sufriría y ella se sentía más acompañada al tenerla. Sin embargo, en carta de 8 de julio de 1534 reconocía que «con las oraciones de vuestra señoría, juntamente con las que aquí ordenará rezar, tengo esperanza (...) con las oraciones de vuestra señoría, Nuestro Señor me ayudará»⁴⁷. Llegado el parto,

⁴⁴ Algunos títulos sobre el tema: W. Aichinger, “Enfants et rires, richesse de pauvres. Un ama de cría le canta las cuarenta al rey Felipe IV de España”, *Avisos de Viena*, 2, 2021. C. Sarasúa, *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Madrid, Siglo XXI, 1994. T. Vinyoles, X. Illanes, “Tratados como hijos e hijas”, *Mélanges de l'École française de Rome. Italie et Méditerranée*, Roma, École française de Rome, 2012, pp. 209-222. J. Sperling, *Medieval and Renaissance Lactations: Images, Rhetorics, Practices*, New York, Routledge, 2016. Una visión general: N. J. Miller, N. Yavneh (eds.), *Maternal Measures: Figuring Caregiving in the Early Modern Period*, Londo, Routledge, 2019.

⁴⁵ Cartas de 27 de marzo y de 8 de mayo de 1534. Ahumada, pp. 106, 111.

⁴⁶ Pérez Samper, p. 62.

⁴⁷ Ahumada, p. 120.

venturoso y fácil, Estefanía no dejaba de agradecerlo: «estoy tan esforzada como si no hubiera hecho nada, de manera que en todo ha oído Nuestro Señor las oraciones de vuestra señoría»⁴⁸. El día del parto, a finales de julio de 1534 Estefanía narraba:

«En la madrugada me dormí un poco, pero con el ansia que tenía de ser confesada no podía. Durant la mañana continué igual y mandé llamar a la tía quien vino y allí estuvo. Me confesé aquel día, que era viernes, y ya pude dormir bien. El sábado por la mañana reconcilié y comulgué»⁴⁹. El pequeño murió desgraciadamente a finales del mes de septiembre. Una carta del día 1 de octubre expresaba así su dolor: «Nuestro Señor ha sido servido de colocar a mi hijito en su santa Gloria, bendecido y alabado sea Él de todo, pues Él lo ha hecho, es de creer que es para lo mejor»⁵⁰. Dos meses después anunciaba un nuevo embarazo. Su voluntad era no dejarse atrapar por el miedo, confiar que esta vez la criatura nacería más fuerte, tendría más suerte. Así, en el mes de marzo de 1535, ya desde Madrid, le decía a su madre: «he hecho algunas diligencias de devociones, que si es hija tengo prometido que antes de que me sintiese preñada tendrá el nombre de María Ana y que irá un tiempo vestida de azul y blanco; y si es hijo Juan Bautista y Juan Evangelista y que irá vestido un tiempo del hábito de San Francisco y desde el día del nacimiento se ha de vestir de estos colores»⁵¹. Caterineta, la cuarta niña, nació en septiembre de 1535, pero fallecía un mes después:

no me ha faltado una congoja tras otra, que como viene buena no viene sola, y así debe ser mejor pues Nuestro Señor se ha servido de colocar en su Santa Gloria, seis semanas tras haber nacido, a mi hijita, que murió el martes día de San Mateo, a las ocho horas de la mañana, de espasmo, que no le duró sino una hora y media (...) todo sucedió en mis brazos, que de ellos muerta me la tuvieron que sacar, aunque luego hizo un bostecito. Bendito y alabado sea Dios de todo, que cosa tan repentina jamás la he visto, y sin haber causa ninguna, que con el escarmiento de los otros que he perdido tenía toda la vigilancia que era menester en esta (...) me ha renovado el dolor de los otros aunque conozco que es razón de dar gracias por todo a Dios de tener a tres angelitos en el paraíso.⁵²

Una mirada femenina

Creo que los pasajes que Estefanía de Requesens narra acerca de su experiencia como embarazada y parturienta son una mezcla entre lo que sucede en su cuerpo y lo que espera que suceda, entre lo que nota y lo que desea notar, entre lo que debe contarle a su madre suponiendo lo que esta última necesita o requiere leer y lo que puede contarle. Su mirada es profundamente femenina porque, a este respecto, sigue las

⁴⁸ Íd., p. 126

⁴⁹ Íd., p. 133.

⁵⁰ Íd., p. 139.

⁵¹ Íd., p. 188.

⁵² Íd., pp. 232-233.

señales de su propio cuerpo cambiante, con el poder que ella se autootorga por esa nueva vida que trascenderá desde aquel; pero esa misma mirada es resultado también de una hibridación entre lo que ve y cree ver, lo que ha aprendido a ver y lo que le han enseñado a ver. Estas dicotomías sociales y culturales forman parte de la misma vida de las mujeres. Siempre hay que tener presente que es imposible separar a la mujer de su entorno, clase social, edad, formación y ocupación.

La feminidad de su mirada dirigida a todo cuanto le sucede en el cuerpo lo es asimismo porque representa un viaje realizado sola —incluso en algún momento muy sola, con su madre y su esposo lejos— al reencuentro de ese cuerpo desconocido, un viaje de nueve meses donde una mujer se reivindica, esto es, protesta por su dolor, manifiesta sus fatigas, dudas o temores y desconciertos, un viaje en el que demanda y exige una reubicación en su espacio familiar. Es también una experiencia muy femenina, sororal, que va poco a poco construyendo lazos de apoyo, de comprensión, con la tía, las amigas, las criadas. Y todo ello sin olvidar evocar el nudo que construye en la genealogía familiar y su papel en el entorno que le rodea y al que pertenece. Todas estas cuestiones se entrecruzan y el tiempo va configurando a las personas como el resultado de su educación, de las reglas morales de su ambiente, pero también de sus deseos más íntimos. Así que la mirada de Estefanía sobre sus embarazos y partos, plasmada en su comunicación con Hipólita, su madre, es un producto complejo erigido sobre lo que ha vivido, lo que ha amado y ha sufrido, lo que ha aprendido como normativo. Por lo tanto, el valor de sus palabras reside también en que no era lo que se decía que había sucedido ni lo que otros habían observado. Era su propia versión, pese a todas las influencias, conveniencias o necesidades que la condicionasen. Se trataba de la versión que ella misma entregaba a su propia madre, como un regalo, como un gesto de su obediencia, motivada tanto por el ansia de compartir todos los acontecimientos que estaba viviendo como por el respeto reverencial a que estaba obligada. Su madre le correspondía rezando por ella y por su bienestar, también por el de las criaturas, aconsejando, decidiendo. La riqueza de sus letras, además, alberga detalles de la vida cotidiana de estos procesos, casi podemos escuchar los sonidos del dolor o de la felicidad, los olores de los ungüentos y alimentos, el bullicio ligado a las sociabilidades de los nacimientos. También los silencios y secretos de las lágrimas, pues cada embarazo era una prueba para Estefanía, una prueba física y una prueba de exigencia cristiana. Tiempo de verificar, cuando la desdicha asomó su rostro, como ella misma escribió en una ocasión: «así son las cosas de este mundo, que nadie halla verdadero consuelo en él»⁵³.

⁵³ Íd., p. 241. Carta de 19 de noviembre de 1535.

Quiero dejar escrito mi agradecimiento al Dr. W. Aichinger por sus interesantes y muy sugerentes comentarios sobre este texto.